

# LA CIVILIZACIÓN MAYA Y SUS HEREDEROS. UN DEBATE NEGACIONISTA EN LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA GUATEMALTECA

ARTURO TARACENA ARRIOLA

UACSHUM, Coordinación de Humanidades, UNAM

En estas líneas resumo las ideas que han aparecido en las investigaciones del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA) sobre *Etnicidad, Estado y nación, 1808-1985*, en torno a la tesis del "vacío histórico" o de la "degeneración histórica" que supuestamente se dio entre los grupos indígenas contemporáneos que habitan Guatemala. Esta tesis no sólo ha jugado un papel de primer orden en el proceso de construcción de la identidad nacional guatemalteca, pues incide directamente en la relación existente entre historia y etnicidad, sino que en sí ha condicionado el desenvolvimiento de las relaciones interétnicas en el país.

En su construcción de la idea de nación, el Estado republicano guatemalteco ha combinado asimétricamente políticas de segregación y asimilación, favoreciendo a la primera de estas situaciones, y renovando así —en cierta manera— la praxis del Estado colonial español al haber creado la figura jurídica de las *dos repúblicas*: la india y la española. Hoy en día, la india y la ladina. Dicha asimetría conllevó una institucionalización de la desigualdad por razones étnicas o, cuando menos, la presencia de prácticas discriminatorias muy acendradas.

Como veremos, la polémica sobre los orígenes de la nacionalidad guatemalteca se da en el marco de un preterismo que sublima el pasado prehistórico monumental, y de un negacionismo que afirma que ya no se reconoce ninguna traza de aquel pasado glorioso en los indígenas contemporáneos —por el olvido de la monumentalidad arquitectónica, de la escritura, de los cálculos astronómicos, del uso calendario solar, etcétera—, pues han sido víctimas de un proceso degenerativo a lo largo de la historia o son producto de otras procedencias no mayas. Tal situación, por tanto, ha hecho necesario recuperarlos antes de que se hundan totalmente o, en el peor de los casos, arrastren para siempre a la nación guatemalteca al pantano del subdesarrollo.

En 1970 los sociólogos Jean-Loup Herbert y Carlos Guzmán Böckler sacaron a la luz en México una obra conjunta titulada *Guatemala: una interpretación histórico-social*. En ella reaccionaron frente a estas tesis y plantearon que los conceptos *aculturación* e *integración* no podían ser introducidos en el estudio de la realidad social guatemalteca sin tomar en cuenta sus raíces históricas.

Dichas raíces desmentían las supuestas ideas prevalecientes sobre la *decadencia*, el *aislamiento* y la gran *diversidad* de culturas entre los indígenas, como

corrientemente lo afirmaba la historiografía guatemalteca. Dirigieron sus señalamientos en especial hacia José Antonio Villacorta, quien fungió como ministro de Educación de 1926 a 1944, y cuya impronta historiográfica se mantuvo hasta los años setenta del siglo pasado. Paralelamente, consideraron justo hacer la crítica de las ideologías indigenistas dominantes en la sociedad y el Estado guatemaltecos, que para ellos eran: a) el mestizaje, b) la aculturación, c) la ladinización, y d) la integración social.

Cuestionaban, en consecuencia, el proyecto de construcción nacional a partir de lo ladino, no sólo debido al hecho de la segregación implícita y explícita en él, sino a que, en sí mismo, el ladino no existía como ser colectivo, dotado de un proyecto propio, pues era un intermediario entre el blanco y el indio, por lo que se convertía en no historizable. Con tal afirmación, agregaban otro elemento negacionista al debate, que luego habría de seguir su curso sobre todo desde la esfera panmaya.

En la historia de estos desencuentros, de estas mutuas negaciones, que empieza a ser muy larga, en esta ocasión quisiera centrarme de forma sucinta en lo que atañe a la construcción historiográfica dominante del negacionismo en torno a la civilización maya y sus herederos.

En el *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala (1500-1800)*. (Aprobada por el Cabildo Eclesiástico en 1808), último proyecto historiográfico colonial aparecido entre 1809-1811, su autor, Domingo Juárez, calificaba a los reinos indígenas que encontraron los españoles como sociedades bien organizadas, ampliamente pobladas, con una estructura jerárquica, en las cuales existía una capa dirigente de origen noble y un amplio sector subalterno que trabajaba a sus órdenes.

El autor afirmaba, asimismo, que sus habitantes no estaban exentos de los problemas que se presentaban en otras civilizaciones: la ambición de poder sobre otros grupos, la conquista de nuevos territorios, las pugnas y divisiones en el interior de cada uno, y las luchas entre ellos. En resumen, no se trataba de grupos dispersos, pacíficos e indefensos, sino de sociedades complejas y sedentarias.

Sin embargo, Juárez no dejaba de subrayar la diferencia abismal que a sus ojos había entre esos reinos prehispánicos y la sociedad indígena de su época. Así, la existencia de grandes y poderosos señoríos antes de la llegada de los españoles contrastaba con la de los pobres y abandonados miembros de las comunidades contemporáneas. Un discurso que, en sí, no se apartaba de los otros discursos historiográficos hispanoamericanos, los cuales partían de la afirmación de que la conquista y la colonia habían causado en gran medida esa decadencia.

Ahora bien, habría que hacerle un añadido al discurso historiográfico guatemalteco que siguió al de Juárez, tendiente a afirmar que tal decadencia era producto de una dinámica que se venía operando entre las sociedades indígenas guatemaltecas, no desde 1524, cuando Alvarado inició el proceso de conquista, sino con el desfundamiento de la civilización maya.

A diferencia de los aztecas y los incas, los mayas habían sucumbido en el siglo x, por lo que sus herederos, k'ichés, k'akchikeles, mames, k'ekchiés y las otras etnias de las tierras altas no merecían necesariamente ser reconocidas como representantes de la antigüedad guatemalteca, por no haber sabido conservar el esplendor de la civilización de sus antepasados.<sup>1</sup>

De esta manera se dio paso a un ejercicio historiográfico que, con el curso de las décadas, fue tendiendo a marcar una desigual recuperación —como parte de un patrimonio histórico común— entre el glorioso pasado maya y el menos glorioso heredado por los reinos indígenas, al punto de que los mayas de las tierras altas y sus herederos terminaron por ser desvinculados culturalmente de los mayas de las tierras bajas, afirmación que cobró brillo a partir de la década de 1960.

El primero en plantear conceptualmente la magnitud de un “colapso” de los reinos prehispánicos previo a la conquista, así como de la tesis del “vacío histórico” entre el siglo x y el xv, fue José Cecilio del Valle, el principal ideólogo del proyecto nacional que los centroamericanos esbozaron cuando fundaron la República Federal en 1823. Del Valle expuso sus ideas sobre la necesidad de que la nueva nación tuviese una geografía e historia patrias en su “Prospecto”, aparecido en la *Gaceta del Gobierno Supremo de Guatemala* del 30 de agosto de 1824. Sin embargo, solamente desarrolló la tesis relativa a la historia en junio de 1830, cuando desde las páginas del *Mensual de la Sociedad Económica de Amigos del Estado de Guatemala*,<sup>2</sup> escribió que en “honor de una nación: es interés suyo tener la Historia de su origen, progresos y retrocesos”. Y, aunque Guatemala contaba con muchos siglos desde que había empezado a existir, no tenía en sí historia alguna de aquellos anteriores a su conquista, misma que se contentaba con un “cronicón”, refiriéndose de esa manera a la obra de Bernal Díaz del Castillo, con el añadido de que le faltaba aún esa tarea cronística para los siglos posteriores.

En esta materia, en las obras de los tres cronistas que había tenido el Reino de Guatemala —Antonio de Remesal, Antonio Fuentes y Guzmán y Domingo Juárez— Del Valle consideraba que tan sólo se veía “el espíritu común en los conquistados que hablan de conquista a presencia de sus conquistadores”.

Asimismo, él consideraba que, si bien la América había tenido tres épocas eternamente memorables: la anterior a su conquista, la de los tiempos que estuvo sometida al gobierno de sus conquistadores y la de la gloriosa y justa emancipación, en el caso guatemalteco:

La primera es de tinieblas para nosotros. Ignoramos el grado a que se elevaba la ilustración de los indígenas: no tenemos datos bastantes para medirla: desaparecieron sus archivos y monumentos: fueron destruidos, unos por el tiempo, otros

<sup>1</sup> Véase Taracena Arriola et al., *Etnicidad, Estado y nación en Guatemala, 1808-1944*.

<sup>2</sup> Del Valle, “Historia”, *Mensual de la Sociedad Económica de Amigos del Estado de Guatemala*, 2: 63-72.

por el sable de los conquistadores: pereció la clase ilustrada y quedó solamente la de los indios ignorantes y desgraciados: el imperio de la conquista los fue embruteciendo más; y a vista del estado en que los vemos parece inverosímil que sus mayores fuesen capaces de escribir una historia digna de este nombre.<sup>3</sup>

De manera que la pieza angular de la desventaja indígena en el discurso nacional empezó a ser su supuesto proceso social de irse "embruteciendo más" desde la desaparición de los mayas, lo cual la conquista española no había hecho sino reforzar, y el "vacío histórico" lo confirmaba.

Los intelectuales y políticos ligados al Estado conservador y al liberal guatemalteco incorporaron dicha visión derrotista en la historia nacional, por medio de una narrativa y una argumentación que marcaron el imaginario y la evolución política, tanto de los indígenas como de los no indígenas, dejando huellas indelebiles hasta el presente en la construcción de la comunidad imaginada nacional. De hecho, ésta ha contribuido a justificar una *exclusión* en materia de *ciudadanía* y sus campos colaterales (participación política, educación, derechos de propiedad y laborales, etcétera). Más aún, desde el poder, tal exclusión es entendida como una falacia, a partir de la consideración de que los indígenas —y los pobres en general— nunca lo han sido, puesto que no han ocupado un lugar que se respete en la historia del país.

Entre los republicanos conservadores, fue el arzobispo Francisco de Paula García Peláez quien mejor expresó tal visión en sus *Memorias para la historia del antiguo reino de Guatemala*, concebidas inicialmente como un proyecto historiográfico oficial durante el gobierno liberal de Mariano Gálvez (1831-1837), pero que sólo fueron publicadas entre 1851 y 1852, en la coyuntura de la afirmación constitucional del gobierno del general Rafael Carrera.

Su postura frente al balance histórico de las poblaciones prehispánicas era la misma que tenía su predecesor Juárez, y planteaba que se trataba de una sociedad desarrollada que se había enfrentado a los conquistadores, pero había tenido que ser sometida y evangelizada para contener la degeneración y la pereza que venía sufriendo desde antes de la Conquista. El prelado guatemalteco establecía una diferencia abismal entre estas poblaciones prehispánicas —a quienes se refería como "menos estúpidas"— y los indígenas contemporáneos, aunque señalaba estar convencido de que, cambiando el alimento y el abrigo, y dándoles educación, podrían recobrar la "humanidad, hermosura y civilización de los primeros pobladores", es decir, de la civilización maya.<sup>4</sup>

Paradójicamente, consideraba que la colonización española en América había sido favorable a los indígenas si se comparaba con lo que se hacía en los Estados Unidos, donde era evidente que estaban en vías de desaparición. Sin embargo, advertía que, en el caso de Guatemala, debido a determinados facto-

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 64. Las cursivas son mías.

<sup>4</sup> García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo reino de Guatemala*, 1943, t. III.

res —como la explotación desmedida a la que estuvieron sujetas las comunidades durante los siglos *xvi* y *xvii*, y el declive de la producción de cacao—<sup>5</sup> se había producido una peligrosa disminución de su número poblacional en el siglo *xviii*. Por tanto, sabiendo la importancia que los indígenas tenían en la producción agrícola y el abastecimiento alimenticio de toda la población guatemalteca, era necesario conocer los errores del pasado para evitarlos en el siglo *xix*.

Pero no era fácil cambiar las mentalidades en un país cuya economía dependía masivamente de la mano de obra indígena gratuita o semigratuita. Por ejemplo, según un juez, en la década de 1850 algunos indígenas de Escuintla ya se habían creado necesidades de consumo con la propiedad que tenían adquirida por censo enfiteútico, tendiendo a "civilizarse", pero, por otra parte, la mayoría de ellos sólo adquiría los "medios de vivir en su propia condición en la embriaguez y en la vagancia", porque el plátano daba recursos para que no trabajase. Por lo tanto, recomendaba obligarles a "cambiar" de cultivo y a "vestirse de ladinos", con lo cual "mucho podría adelantarse en su regeneración".<sup>6</sup>

De esta suerte, los personeros del gobierno conservador comenzaron a resaltar las implicaciones positivas que tenía la asimilación de los *ladinos*, con base en su capital social y cultural, quienes, ayudados por las medidas agrarias que el Estado dictó en favor de los cultivos perennes como el café, estaban ya en un proceso de integración al mercado interno, a la ciudadanía, a la Nación.

Como lo señaló para el caso guatemalteco el historiador canadiense Steven Palmer (1996) —retomando las ideas de Charles Hale para el caso mexicano—,<sup>7</sup> fueron las obras de Herbert Spencer, aunadas a las de Gustavo Le Bon, las que sedujeron a los intelectuales liberales decimonónicos que tomarían el poder del Estado en 1871, debido a que éstas contenían una dimensión comparativa etnográfica, que aunada a la teoría de la evolución social de Charles Darwin, permitía argumentar la "degeneración" de indios y mestizos, y también el "carácter moral" de un pueblo o de otro.<sup>8</sup> Por supuesto, también contaron las ideas de Augusto Comte sobre la subordinación social y la necesidad de mantener el orden para lograr el progreso económico.

E incluso cuando el período que se inició con la Revolución Liberal de junio de 1871 terminó por lanzar a algunos indígenas —especialmente miembros de las élites que controlaban el poder local en las comunidades— a sobrepasar todos los obstáculos "civilizatorios", llegando incluso a ser productores de riqueza, propietarios individuales de la tierra, alfabetos y bilingües, respetables

---

<sup>5</sup> Ya señalada por Antonio García Redondo, *Memoria sobre el fomento de las cosechas de cacao y de otros ramos de agricultura*, presentada a la Real Sociedad Económica en 1799.

<sup>6</sup> Archivo General de Centro América, Ministerio de Gobernación, legajo 28658, expediente 130, citado por Lowell Gudmundson, "Tierras comunales, públicas y privadas en los orígenes de la caficultura en Guatemala y Costa Rica", *Mesoamérica*, 31: 46-47, junio de 1996.

<sup>7</sup> Hale, *The Transformation of Mexican Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, 1990.

<sup>8</sup> Véase también Palmer, "Racismo intelectual en Costa Rica y Guatemala", *Mesoamérica*, 31: 104-105.

comerciantes y *ciudadanos* (como en el caso de los municipales de la ciudad de Quetzaltenango y, concretamente, los integrantes de la Sociedad "El Adelanto"), éstos no lograron llegar a ser vistos como parte del imaginario nacional, porque les resultó imposible superar el estigma de la pretendida "degeneración histórica" de su raza, proclamado tanto por el discurso oficial como por el discurso cotidiano del sector *no indígena*.

El historiador norteamericano Gregory Grandin,<sup>9</sup> quien investigó a finales del siglo XIX las actividades de la municipalidad y la organización mutualista indígenas en Quetzaltenango, señala cuánto pesaban ya en la sociedad guatemalteca las ideas evolucionistas en torno a ese supuesto proceso histórico degenerativo de los indígenas. Frente a ello, los *principales* quetzaltecos optaron por asumir el papel de promotores de la "raza indígena", con un discurso alternativo emergente, que en términos culturales y políticos buscó rendir cuentas de los cambios socioeconómicos que se estaban operando bajo pleno éxito del régimen liberal. En un *Manifiesto* al presidente de la república, escribían:

El pueblo indígena quetzalteco [...] que ama el progreso [...], a pesar de haber atravesado el largo vía crucis del coloniaje y la oscura noche del fanatismo religioso a que nos obligaron los gobiernos teocráticos, hemos podido levantar nuestro espíritu y hacer por medio del arte, de la industria y del comercio, el testimonio más elocuente de que no somos como muchos creen una raza degenerada y abyecta, sin afán por el trabajo y sin gusto por la civilización.<sup>10</sup>

De esa forma, la elite *k'iche'* quetzalteca desarrollaba un discurso nacionalista, cargado de elementos propios de la ideología liberal del momento, el cual mostraba que si bien podía imaginar un pasado glorioso, exigía sobre todo una reconsideración de la tesis de la "degeneración histórica", con el objetivo de que la sociedad nacional a futuro incluyese la igualdad étnica y crease mecanismos para evitar la obsolescencia cultural.

Sin embargo, para el Estado guatemalteco el proyecto ladino de nación continuaba siendo la línea a seguir en materia de creación de la comunidad imaginada llamada Guatemala, y en su proyección historiográfica no cabía idea alguna que no fuese la de conciliar de forma utópica el pasado prehispánico con el presente, actitud que ha terminado por ser asumida también por buena parte de la *intelligentsia* y la dirigencia maya actual.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Grandin, "Por la regeneración de la raza y el progreso material de la ciudad: la nacionalización de la etnicidad en Quetzaltenango", en *Entre comunidad y nación. La historia de Guatemala revisada desde lo local y lo regional*, pp. 75-96, 1999.

<sup>10</sup> Archivo Histórico de la Gobernación de Quetzaltenango, "La clase indígena de Quetzaltenango pide al presidente de la República ordene se les ponga en posesión de su edificio municipal", caja 1895, citado por Grandin, *op. cit.*, pp. 75-76.

<sup>11</sup> Una excepción notoria es la del historiador y antropólogo kakchikel Edgar Esquit, véase "Las rutas no ofrecen el pasado y el presente: la recuperación de la historia maya desde el activismo político", en *Memorias del mestizaje*, 2004.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

